

Veinticinco años de amistad insustituible

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de Canilleros y de San Miguel



XACTAMENTE, un cuarto de siglo, veinticinco años, los últimos de su vida, fueron los de mi íntima unión y amistad entrañable con Antonio Rodríguez-Moñino, el insigne erudito e ímpar bibliófilo.

Siempre tuve noticias del extremeño que de manera tan intensa y sabia estaba consagrado a las mismas tareas que yo desde su infancia, pues publicó su primer trabajo en el periódico *La Libertad*, de Badajoz, a los catorce años, en 1924, habiendo nacido en Calzadilla de los Barros, el 14 de Marzo de 1910.

Pasé años sabiendo de sus actividades, pero sin relación directa. Fue en 1945 cuando nació la fraternal amistad que terminaría con su muerte, en 1970.

Fui a ver a Rodríguez-Moñino en Madrid, donde residía, con motivo de estar reuniendo datos para mi libro sobre el hercúleo paladín Diego García de Paredes. Descubrí en el primer contacto su enorme competencia, pues sin consulta de ficheros contestaba con categórica certeza a las preguntas, dándome importantísimas orientaciones bibliográficas y documentales.

Antonio vivía entonces retraído, en un voluntario aislamiento, pese a estar en la plenitud madura de sus treinta y cinco años.

La admiración causada en mí desde nuestra primera charla, abrió el camino a la amistad e hizo que pronto nos viéramos a diario, comenzando nuestras reuniones en el Café Gijón.

A efectos de constancia histórica, quiero consignar que la mas tarde famosa tertulia de Rodríguez-Moñino, conocida en el mundo entero, nació por un impulso mío. Yo saqué de su retiro al gran erudito, sin

que por esto quiera recabar mérito alguno, pues él fue quien puso todo lo que dio a las reuniones altura y rango.

Antonio había tenido varias tertulias a lo largo de su vida; pero las circunstancias le hicieron prescindir de ellas. Los trastornos posteriores a la guerra civil le llevaron al aislamiento voluntario en que se encontraba al iniciarse nuestro trato. Fue entonces cuando volvió a ir asiduamente al café.

La luego célebre tertulia nació con nosotros dos, solos Moñino y yo, en el *Gijón*, reuniéndonos, diariamente, desde las siete de la tarde hasta las nueve la noche.

Pasó tiempo sin que nos acompañara ningún otro amigo; pero, poco a poco, se fue rompiendo el aislamiento, formándose una tertulia semanal de extremeños, todos los lunes. Aunque los restantes días continuamos solos Antonio y yo, no tardaron en salpicarse en ellos visitas de los amigos llegados de Extremadura.

Entre los primeros contertulios semanales estaban los historiadores Gervasio Velo, Vicente Corraliza y Gonzalo Vega; el filósofo Pedro Caba; el poeta Delgado Fernández; el escultor Gabino Amaya; los literatos Manolo Sito y José Augusto Pérez Flores; los folkloristas Manuel García Matos y Bonifacio Gil; el pintor Indalecio Hernández; José Aguilar y María Luisa Chamizo, hija del gran poeta extremeño, entonces joven con aficiones literarias y hoy esposa del Embajador de Honduras en España.

Salvo Bonifacio Gil entrañablemente unido a Extremadura, todos los citados eran extremeños, residentes en Madrid.

De los paisanos que visitaban la capital, uno de los primeros en acudir al Gijón fue don Esteban Rodríguez Amaya, erudito sacerdote, director de la «Revista de Estudios Extremeños». Luego empezaron a llegar cuantos en la región tenían actividades intelectuales, figurando en la larga lista el profesor Ortí Belmonte, el anciano sacerdote don Santiago Gaspar, el doctor Montes Bravo, el Marqués de la Encomienda, Julio Cienfuegos, Manolo Terrón, Jesús Delgado Valhondo, Pepe Díaz Ambrona, Manuel Pacheco...

En aquella tertulia, guiado por Rodríguez-Moñino, se forjó el resurgir extremeño que ha producido tantos frutos culturales. Gervasio Velo, en un artículo publicado en el cacereño diario *Extremadura*, lo destacaba así, incluyéndome cariñosamente en este comentario:

«Me interesa hacer constar que los impulsores y coordinadores del movimiento encauzado y apoyado por este grupo de paisanos que estudian, publican, proyectan y realizan, son los voluntariosos y bien preparados señores Rodríguez-Moñino y Muñoz de San Pedro.»

Quiero insistir en que yo puse en esto el impulso, la inquietud, para sacar a Antonio de su retraimiento y colocarle ante tareas y afanes; pero es suyo, nada más que suyo, todo el mérito de lo conseguido, porque gracias a su sabiduría y constancia se fueron canalizando los esfuerzos y se pudo llegar a las totales plenitudes alcanzadas, primero en el resurgir extremeño y luego en la famosa internacional tertulia del Café Lyon.

Alguien ajeno a Extremadura, que sería factor básico en este movimiento cultural, acudió muy pronto a las reuniones del *Gijón*, iniciando un contacto íntimo y permanente con Rodríguez-Moñino y conmigo. Me refiero a José María de Cossío, el conversador inigualable, más tarde académico de la Española. Su ingenio y su sentido del humor pusieron en la tertulia los matices de la alegría y de la gracia.

En 1947 se perfilaron dos ideas surgidas en las charlas con Antonio, que fueron las primeras manifestaciones patentes del renacimiento cultural de Extremadura: la Exposición del Libro Extremeño y las Asambleas de Estudios Extremeños. Antes de tales acontecimientos, en Abril de aquel año, Moñino pasó unos días conmigo en Cáceres, descubriendo durante una excursión a Alcántara los restos del Gobernador de las Indias, Frey Nicolás de Ovando, que se creían perdidos.

Convocado luego el *Premio Tomás Martín Gil*, en memoria del erudito cacereño fallecido, lo ganó Antonio con un magnífico trabajo sobre el tema marcado: «Los escritores extremeños en la obra de Cervantes».

El 23 de Abril de 1948 se le hizo entrega del premio en la Diputación provincial de Cáceres, donde dio luego una interesantísima conferencia sobre el poeta alcantarino Francisco de Aldana.

Seguidamente, en el salón del Ayuntamiento, se inauguró la I Exposición del Libro Extremeño, auténtico éxito sensacional en los ámbitos regionales, cuyo mérito corresponde íntegramente a Moñino. Suya fue la iniciativa lanzada en nuestras charlas y suyos la casi totalidad de los magníficos fondos bibliográficos expuestos, que instaló personalmente, con la ayuda de su esposa, María Brey Mariño.

No quiero silenciar el papel importante que en la vida de Antonio representó la esposa, compañera perfecta del erudito bibliófilo. Inteligente, culta, consagrada a tareas similares a las del marido, supo siempre darle ánimo y ayuda. Me di cuenta de ello en seguida, naciendo así desde el principio la verdadera simpatía y la auténtica amistad que siempre me unieron y me siguen uniendo con María.

El otro gran acontecimiento del 1948 fue la I Asamblea de Estudios Extremeños, celebrada en Octubre, en Badajoz. La iniciativa había surgido un año antes, en una de nuestras charlas en el *Gijón*, estando



El maestro Rodríguez-Moñino en la plenitud de su vida

con Antonio y conmigo don Esteban Rodríguez Amaya. Yo lancé la idea, que don Esteban recogió con entusiasmo; pero fue Moñino quien supo centrar perfectamente lo que debíamos hacer.

La primera Asamblea obtuvo un gran éxito, lo mismo que la segunda, reunida en Cáceres, en Octubre de 1949. En conjunto y detalles, la intervención de Moñino resultó decisiva en estas reuniones. Una prueba de como estaba al tanto de todo, es la siguiente:

Apenas llegados a Badajoz, para celebrar la Asamblea, me llamó Antonio aparte y me dijo:

—Parece ser que aquí hay algunos rozamientos personales. Usted es la persona indicada para limarlos. Búsquese alguien que le acompañe, y haga en seguida las visitas que estime necesarias.

—Creo —comenté— que debe acompañarme Julio Cienfuegos.

—Perfectamente —contestó—. Hagan usted y Julio las visitas.

Las hicimos, consiguiendo la armonía deseada.

Nuestra tertulia del *Gijón* había iniciado un cambio de rumbo, porque empezaron a acudir a ella eruditos no vinculados a Extremadura y porque al crearse el Hogar Extremeño muchos paisanos fueron a reunirse en sus locales.

El ambiente inquieto del primitivo punto de cita, hizo que nos trasladáramos al pacífico Café Lyon, en la calle de Alcalá, naciendo entonces la conocida y famosa tertulia de Rodríguez-Moñino, que se reuniría ya siempre diariamente allí, desde las tres y media de la tarde en adelante.

Profesores, eruditos y estudiosos del mundo entero fueron desfilando a lo largo de los años por la tertulia, que ha sido la auténtica cátedra universal de Antonio, porque allí impartió enseñanzas, consejos y orientaciones entre los muchos que acudieron a él. Junto a Moñino estuvimos siempre José María de Cossio y yo, ya que los tres fuimos el núcleo inicial y permanente, encargándonos nosotros dos de mantener las reuniones durante las ausencias del eje y rector de ellas.

La tertulia tuvo además la virtud de unir en conjunto armónico personas de ideologías dispares, sin que jamás surgiera un rozamiento. Con los datos eruditos se mezclaban las notas de humor y los comentarios de actualidad, creando un clima cómodo y ameno.

De la tertulia fueron a ocupar sillones académicos Cossio, Cela, Zamora Vicente y Díaz-Plaja, en la Española; López Toro, en la Historia, y Paco Cossio, en Bellas Artes.

Ramón Solís escribió una interesante crónica de la tertulia, de la que, a efectos de mayor imparcialidad, entresaco lo que sigue:

«Rodríguez-Moñino ha sido por muchos años el centro de reunión

de una de las más heterogéneas e interesantes tertulias del Madrid culto... El centro de la conversación lo constituían las consultas bibliográficas que todos le hacíamos a Moñino, especialmente los profesores extranjeros. Es admirable ver a Moñino contestar a un fuego graneado de preguntas difíciles. Admirable, por su conocimiento asombroso y por la generosidad con que siempre contesta, con que ofrece sus libros, sus ficheros, con que atiende a todos... Norma, que sin violencia, se cumplía inexorablemente en la tertulia de Moñino era la de no hablar de política. Ante las mesas del Café Lyon se agrupaban hombres de todas las ideologías en un ambiente de gran cordialidad... La tertulia tenía muchos ritos que imponía Moñino, sin proponérselo quizás, con su simple ejemplo. Así, la costumbre de don Antonio de hablar a los amigos de usted por mucha que fuera su intimidad y la mala opinión que tenía del improvisado tuteo... Otro de los ritos de la tertulia era una tácita jerarquización de los lugares en que se acomodaban los contertulios... Los asientos del diván eran ocupados por Cossío, Colombi, Moñino, Canilleros..., las sillas del otro lado de las mesas por los que no nos considerábamos merecedores de tal honor... Muchas gentes de todas las nacionalidades han pasado por la tertulia de Moñino... Sería casi imposible a menos de tener una memoria de fichero, como la de Rodríguez-Moñino, precisar etapas... Consultar con Rodríguez-Moñino era sin duda alguna el mayor atractivo de la tertulia para muchos contertulios, pero buen cuidado tenía Moñino de evitar que la tertulia se convirtiera en una cátedra o un consultorio. Aquí otra gran cualidad de este gran contertulio, la de saber darle un sesgo a la conversación cuando se tornaba demasiado erudita... Allí conocí a escritores a investigadores a profesores de las más diversas y alejadas universidades. Allí pasé horas inolvidables y aprendí en el ejemplo y en la obra de aquel mundo autoseleccionado por la amistad y la admiración a Rodríguez-Moñino».

Páginas y páginas se necesitarían para recoger la lista completa de los que desfilaron por la tertulia de Lyon. En el elemento femenino, junto a la asidua Condesa de Romanones y de Quintanilla, figuraron la Condesa de Yebes, María Luisa Caturra, Amparo Soler, profesoras de diversos países, estudiantes y mi nieta Beatriz, por quien Antonio, que estuvo en su bautizo en 1950 y la vio llegar al tercer año de Derecho, sentía una gran predilección.

Entre los centenares de profesores, eruditos y literatos de las más diversas procedencias, estaban Marcel Bataillon, Cook, Vasconcelos, Keniston, Claveria, Schoemaker, Guillermo de Torre, Arocena, Uranich, Rivers, Cardenal Iracheta, Martínez López, Asensio, Norton, Wilson,

Denaursón y Lamb, Premio Nóbel de Física Nuclear, al que presenté en la tertulia, juntamente con su esposa, Ursula Schaffer, profesora de Historia, que publicó con prólogo mío un libro sobre el gobernador de las Indias, Frey Nicolás de Ovando.

Con variaciones a lo largo de los años y con más o menos asiduidad, figuraron en el grupo básico, entre otros muchos, los académicos hermanos Cossío, José María y Paco, Dámaso Alonso, Camilo José Cela, Gerardo Diego, Zamora Vicente, Díaz Plaja, el padre López de Toro, el marqués de Saltillo, Caro Baroja y García Bellido, con el conde de Colombi, K-Hito, Cervera, Gaya Nuño, Joaquín del Val, Correa Calderón, Emiliano Aguado, Alonso Gamo, Ramón Solís, Maldonado, Martínez Barbeito, el duque de Tovar, Alarcos, Gallego Morell, José Luis Cano, Antonio Pérez Gómez, Fernando Lázaro Carreter, Paco García Lorca, el marqués de Morbecq...

Extremadura siguió presente en la tertulia, con muchos de los ya citados en el grupo primitivo y con Ortega Muñoz, Alfonso Díaz de Bustamante, Alvaro Cavestany, el marqués de Cerverana, el vizconde de Torre Hidalgo, Antonio Floriano, José Miguel Lodo de Mayoralgo, Manolo Muñoz Cortés, Jacinto García-Monje, Pérez Alonso, el vizconde de Peñaparda...

No faltaron en ocasiones los jóvenes literatos, como Sastre, Aldecoa, Sánchez Ferlosio y Quintos, cuando Moñino fundó la *Revista Española*, ni la nota destacada de la presencia del príncipe don Alfonso de Borbón, hijo del infante don Jaime y nieto del rey don Alfonso XIII, que yo llevé al *Lyon* y asistió bastantes veces a la tertulia, con gran complacencia de Antonio, al que le resultaba muy simpático el joven príncipe.

En la tertulia y en el trato constante y fraternal con Moñino se fueron salpicando tantos sucesos, que no me será posible hablar de todos.

En 1946 viví muy de cerca lo relativo a la muerte del millonario coleccionista José Lázaro Galdeano, que había puesto a Moñino al frente de su fabulosa colección de arte. El inmenso servicio que entonces prestó Antonio a España, ni se ha comentado, ni se le ha agradecido. Fue él quien llevó un notario al lecho del anciano moribundo, el cual otorgó testamento, nombrando heredero universal al Estado Español. Sin esta previsión espontánea y desinteresada, los tesoros se habrían repartido *abintestato* entre numerosos parientes que ni siquiera trataba el coleccionista. Gracias a Rodríguez-Moñino, España tiene hoy en Madrid un museo con la más importante colección particular del mundo y una enorme fortuna para sostenerlo en Parque Florido, el palacete construido por el millonario en la calle de Serrano.

Las inquietudes intelectuales sembradas en Cáceres con la Exposi-

ción del Libro Extremeño y la Asamblea, en 1948 y 1949, respectivamente, dieron el importante fruto de que el Ayuntamiento acordara destinar a Biblioteca y Archivo el magnífico Palacio de la Isla. En 1950 se formó un Patronato, bajo la presidencia del Alcalde, Curro Elviro, amigo íntimo, unido al grupo intelectual.

Informado Antonio por mí de esto en nuestras charlas, tuvo el rasgo generoso de depositar en el Palacio de la Isla su famosa Biblioteca Extremeña, por lo que en 1952 fue nombrado Miembro de Honor del Patronato de la Biblioteca Pública y Archivo de Cáceres. Esta vieja ciudad, cuyo antológico barrio antiguo es el más maravilloso, armónico y evocador conjunto monumental del mundo, fue siempre tema de las preferencias de Antonio, que actuó como más entusiasta propagandista. Suya es esta ingeniosa frase, que repetía a cuantos no la visitaron y que se ha hecho popular:

—No conocer Cáceres, no es una falta de cultura: es una falta de educación.

Aquel mismo año 1952, al morir López Prudencio, Patriarca de las Letras Extremeñas y único Académico representante en Extremadura de la Real Academia Española, Antonio fue elegido para ocupar la vacante, presentando su candidatura el doctor Marañón, Cossio y González Amezua. La importantísima labor desarrollada por Moñino en la Academia la patentizan las publicaciones que se encargó de dirigir.

Publicar fue siempre tarea constante suya. En 1953 editó el catálogo de una colección de manuscritos de Indias que guardo en mi archivo, el cual, quiso dedicarme, haciendo el verdadero alarde de consignar en la dedicatoria impresa sesenta y cuatro apellidos míos, colocados en su debido orden.

En Julio de 1956, el matrimonio Rodríguez-Moñino, con los condes de Quintanilla y un nutrido grupo de investigadores españoles e hispanoamericanos, me acompañaron en Trujillo a la apertura de la tumba del paladín Diego García de Paredes, marchando luego todos a ver las lápidas romanas de la finca Pascualete, propiedad de los Quintanilla.

En 1960 viví muy de cerca el incidente provocado por una incompreensión oficial, que puso el veto a Moñino en la Academia Española, cuando iba a pasar a una plaza de numerario. En contraste con la miopía del reducido grupo español promotor de éste, en los Estados Unidos reclamaban a Antonio para regir una cátedra en la Universidad de California y la importantísima institución *The Hispanic Society of America*, de New York, le hizo su Vicepresidente.

Se iniciaron entonces los viajes de Moñino, las idas y venidas de Madrid a Berkeley o a New York, que durarían ya hasta su muerte. En

sus ausencias, Cossio y yo seguimos manteniendo el fuego sagrado de la tertulia del Lyon, que renacía pujante al regreso de Moñino, tras una decadencia en la que, como en los primeros tiempos con Antonio, hubo tardes en las que me encontré solo con José María. En muchas ocasiones nos acompañó el duque de Tovar, que en los últimos años era el más asiduo.

Sobre miopías e incompreensiones, el valer de Moñino terminó imponiéndose definitivamente. Su doctorado en Salamanca, en 1965, produjo sensación; en 1966 era investido Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Burdeos y los hispanistas norteamericanos le rindieron homenaje en dos magníficos volúmenes; en 1967 ocupó en la Real Academia Española el sillón de Sánchez Mazas.

Con el triunfo de Antonio coincidía la plenitud del resurgir regional promovido por él. En aquel año se reunió en Cáceres el I Congreso de Estudios Extremeños, del que me nombraron presidente y al que Antonio no pudo asistir por encontrarse en California.

Yo propuse en un artículo que Extremadura le tributara un homenaje, realizándose en 1968, durante el II Congreso de Estudios Extremeños, celebrado en Badajoz y presidido por Moñino con tal alarde de sabiduría, que produjo verdadera sensación.

Otro homenaje, el volumen dedicado a Moñino en la Revista de Estudios Extremeños, se publicó entonces. Yo lo había promovido y me encargué de reunir las colaboraciones, firmadas por Enrique Segura, Camilo José Cela, Diego Angulo, José López de Toro, Fernando Lázaro Carreter, Julio Caro Baroja, el marqués de Gauna, Joaquín del Val, la condesa de Romanones, Antonio Pérez Gómez, Starko B. Uranich, Elias L. Rivers, José Luis Cano, Ramón Solís, Felipe Maldonado, Rabanal Brito y yo.

El III Congreso de Estudios Extremeños se celebró en Plasencia, en Abril de 1970, presidido por mí. A Moñino, que no pudo asistir por estar ya enfermo, se le nombró Presidente de Honor.

Vacante en 1967 la plaza de Académico de Extremadura en la Real Academia Española, por el pase a numerario de Antonio, éste, que se encontraba en Berkeley, dándome una muestra de su gran cariño, me escribió apremiándome para que presentase mi candidatura. No quiso quedar un cabo suelto e incluso me mandó, de su puño y letra, con su asombrosa caligrafía perfecta, el borrador de la presentación, a fin de que se copiara a máquina y lo firmasen tres Académicos amigos, uno de ellos, lógicamente, Cossio. Los otros dos fueron José María Pemán y Camilo José Cela.

Presentada mi candidatura y elegido por unanimidad, Antonio vol-

vió a escribirme, con su enhorabuena y diciéndome que no comprara la medalla pequeña de la Academia, para el ojal, porque quería regalarmela. Desde Berkeley hizo las gestiones, y en muy poco tiempo tuve en mi poder la insignia, que conservo con la mayor ilusión y uso con orgullo, por haber pertenecido a una figura de valía tan excepcional y a un amigo tan verdadero.

Cuando en Marzo de 1970 regresó Antonio de América, estábamos en los preparativos del Congreso de Plasencia, en el que se anunció que sería uno de los cinco ponentes. Los otros éramos el marqués de Lozoya, García Bellido, Caro Baroja y yo.

Desde Cáceres, donde me encontraba, me puse al habla con el domicilio madrileño de Antonio. Hablé con María, la cual me dijo que él estaba enfermo y no le era posible hablar, ni asistir al Congreso.

Al llegar a Madrid fui a verle y no me hizo mal efecto, pues estaba vestido, moviéndose por la casa, pálido y delgado, pero con el espíritu y la entereza de siempre. Para más tranquilidad, María me aseguró en un aparte que no se trataba de nada maligno, como pensaron en un principio.

Convencido de que todo había pasado y de que se encontraba en la convalecencia, continué visitándole en su casa, la número uno de la calle de San Justo; pero descubrí muy pronto que, lejos de mejorar, cada vez iba a peor, encontrándole más delgado y débil. Era una decadencia vertiginosa, con la agravante de que, en realidad, ignoraban cual fuese su padecimiento. Hasta pocos días antes de su muerte no se supo que era lo maligno, con la rara modalidad de una localización en las glándulas linfares.

Antonio llegó a ser un esqueleto viviente, pues perdió unos treinta kilos de peso, habiendo sido siempre delgado. Sin embargo, no se daba cuenta de la gravedad, continuando con el mismo espíritu, convencido de su próxima curación.

El 9 de Junio acompañé a casa de Antonio a Cossío, que no le había visto desde el regreso de América. Vino con nosotros el duque de Tovar. Charlamos como si nada sucediera, como si todo fuese igual que siempre. Al salir a la calle, José María, que iba a marchar a Tudanca, nos dijo, profundamente impresionado, que estaba seguro de haberse despedido definitivamente de Antonio.

Volví a verle el viernes, día 12. A solas, como en tantas ocasiones, nos estuvimos ocupando con toda normalidad de las cosas extremeñas, aunque él apenas podía ya sostenerse y yo estaba haciendo un enorme esfuerzo por disimular mi pena. El 13, festividad de San Antonio, le felicité por teléfono.

Al día siguiente se supo, por fin, cuál era la enfermedad, trasladándole enseguida a la Clínica Covesa, en la calle del General Mola.

En la habitación número 507 de esa clínica, a las dos y cinco de la tarde del sábado, 20 de Junio, último día de la primavera de 1970, murió, plácidamente, sin darse cuenta de que llegaba el fin, Antonio Rodríguez-Moñino. Había tomado un zumo de fruta y estuvo leyendo el *ABC*. Luego inclinó la cabeza en la almohada, dejando de existir, cristianamente, porque días antes le administraron los Santos Sacramentos.

Fiel a nuestra consigna de veinticinco años, aquella tarde fui a presidir la tertulia del Lyon, solo, porque Cossío había marchado a Tudanca. Asistieron a ella el duque de Tovar, José Luis Cano, González Muelas, López Estrada, Gálvez Cañero y Polt.

Después salimos juntos el duque y yo, marchando a Covesa. Allí estaban, con el cadáver de Antonio y con la esposa, Isabel García Lorca y Dámaso Alonso. Algo más tarde llegaron Paco García Lorca y el hermano de Moñino, Rafael, que venía de ocuparse de lo relativo al entierro. Sentados en un pequeño sofá Dámaso y yo, evocamos durante largo rato la figura inmensa del amigo perdido.

En realidad, todas las horas de aquella noche y del día siguiente fueron para mí de evocación. El cuarto de siglo de amistad entrañable y fecunda, desfilaba por mi mente. ¡Cuántas cosas vivimos juntos y cuántas enseñanzas recibí de Antonio!

Yo recordaba al Moñino erudito y bibliófilo, asombrosamente sabio; al Moñino cordial, de la ayuda a todos; al Moñino intransigente con la ignorancia; al Moñino que jamás tuvo la ideología que le atribuyeron envidiosos enemigos, pues no era más que un liberal, católico y con tantos conceptos rígidos y tradicionales, que yo le decía siempre en broma que a él le cuadraba el ser carlista.

A las seis menos cuarto de la tarde del domingo, 21 de junio, cuando nacía el estío, desde la Clínica Covesa fuimos a la Sacramental de San Justo, para dar sepultura a Rodríguez-Moñino. Académicos, eruditos y escritores escoltaron su féretro.

Cuando se cerraba la tumba de Antonio, yo sentía con inmensa pena en mi pecho los martillazos que iban encajando los ladrillos, porque con ellos se cerraba también un período magnífico de mi vida, un cuarto de siglo de ilusiones, trabajos y plenitudes; una etapa decisiva en mi camino, en el camino maravilloso de veinticinco años de amistad insustituible...